

Prólogo

No podía recordar cuánto tiempo llevaba cabalgando, los días bajo el sol del desierto se llenaban de polvo hasta convertirse en un cúmulo atemporal que absorbía lentamente hasta el último ápice de su cordura. Comprobó una vez más la cantimplora, como si esperase que por obra de algún inexplicable milagro se encontrase nuevamente cargada de agua. Sintió la lengua sensiblemente más seca al percatarse de que efectivamente seguía sin contener ningún líquido con que hidratarse. Ni siquiera había encontrado un maldito cactus desde que se quedara sin provisiones; lo único que divisaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista era una llanura árida y pedregosa, rojiza, sin más vegetación que algún arbusto seco cada varios kilómetros. Su caballo avanzaba con la cabeza baja, los hollares rozando casi el suelo. Cuánto más resistiría resultaba imposible de precisar, pero ambos se encontraban ya en el límite de sus fuerzas.

Cerró los ojos, sin plantearse siquiera si sería capaz de volver a abrirlos tras un breve descanso. En algún momento, no podría asegurar cuándo, se había desviado de su rumbo original, quizás por una imperceptible querencia hacia el norte en el paso de su montura o vete a saber por qué. Para cuando se quiso dar cuenta, el agotamiento le nublabla los sentidos haciendo imposible determinar su posición por las estrellas. Estaba perdido y la única opción factible era avanzar en línea recta. Aún con eso llevaba demasiado tiempo en el camino, ya debería haberse cruzado al menos con algún viajero.

De repente sintió un leve tirón de las riendas, que reposaban inertes entre sus dedos. Apenas un segundo después el caballo se detuvo en seco, olisqueando con avidez el suelo. El hombre se ladeó sobre la silla tratando de averiguar a qué se debía el comportamiento del animal, aunque instintivamente podía deducirlo. Cuando la nubecilla de tierra que había levantado la respiración del caballo se asentó, pudo descubrir un brote tierno que habría pasado desapercibido para el ojo humano. Su reacción fue instantánea, pero aún así resultó demasiado lenta frente a la de su montura. El pequeño tallo verde desapareció entre sus dientes mientras él tiraba inútilmente de las riendas en un esfuerzo hercúleo por mantener el hocico alejado del suelo. Maldiciendo en voz alta su falta de atención, se precipitó contra el suelo. Hundió los dedos en el árido terreno y sintió su piel seca agrietándose. Sólo una idea ocupaba su mente. Tenía que encontrar una fuente de agua, por nimia que fuera, o sus posibilidades de supervivencia se reducirían al mínimo. Ignoró el escozor que le producía la tierra en las heridas recién abiertas, los duros terrones que se clavaban por debajo de sus uñas. Si encontraba algo con lo que hidratarse valdría la pena el sufrimiento.

El agujero tenía ya casi un pie de profundidad cuando por fin se rindió. Jadeante, recogió un puñado de tierra apenas húmeda del fondo y en un último intento lo presionó con ambas manos. Lo único que logró fue una ligera sensación de humedad en las palmas que desapareció antes de que se hiciera consciente de ello. Se dejó caer entonces sobre el costado, pasando por alto el terrible dolor de las rodillas tras haber permanecido agazapado demasiado tiempo, y se frotó los ojos. *Se acabó*, pensó. Otro día más sin agua ni alimento bajo aquel sol abrasador era una sentencia de muerte. Apoyándose en los codos, como si el cuerpo le pesase el doble de lo normal, tomó impulso para ponerse en pie. Recogió el sombrero y, sacudiéndolo, se lo ajustó para protegerse la cabeza. Examinó sus manos, sucias y pegajosas a causa de la

sangre. Debía mantenerse sereno, con la mente despejada, concentrarse en avanzar un poco más: era cuestión de tiempo que encontrase un rastro de vida. No estaba marchando en círculos, las huellas que dejaba su caballo lo habría delatado, así que los límites de aquel maldito desierto no podían quedar muy lejos. Se aferró a aquella idea con la poca fe que conservaba, sólo para evitar tenderse a esperar la muerte allí mismo. Hizo girar la espuela de una de sus botas con el tacón de la otra en un gesto que había terminado por convertirse en manía, y se dio media vuelta para volver a montar. Ese estúpido caballo egoísta iba a pagar con su sudor el haberle arrebatado aquel pequeño refrigerio.

El tiempo pareció detenerse definitivamente cuando sus ojos se posaron unos metros más allá del agujero que había cavado, en el lugar donde yacía el cuerpo de su corcel en medio de terribles convulsiones. Se le encogió el corazón al percatarse del reguero de espuma amarillenta que resbalaba por las comisuras de la boca del animal, que parecía tratar de llamar su atención con los ojos desorbitados. Apenas era capaz de emitir ningún sonido, sólo un agónico resuello que puso la carne de gallina al hombre. Nunca llegó a saber que no había sido el agotamiento lo que había causado su muerte sino el brote de creosota que había engullido, pero en última instancia aquello resultaba totalmente irrelevante. Sin la ventaja de disponer de una montura, su sentencia también estaba sellada.